

## **HISTORIA Y POLITICA EN HISPANOAMERICA**

Florencia Ferreira de Cassone

Todos los actos sociales, todos los actos humanos están teñidos de política, todo está contaminado de historia.

Octavio Paz  
**Pasión Crítica, 38**

### **INTRODUCCION**

Desde los tiempos más remotos y ya fuera considerada como arte, filosofía o ciencia, la historia ha tenido una dimensión social y moral, en cuanto ha buscado investigar, narrar y comprender la conducta del hombre en el pasado. Este relato del pretérito que se consolida como género en la antigüedad clásica llega hasta nuestros días y ha reflejado la ambición de los hombres por rescatar la memoria de lo que estamos obligados a conocer, aunque sólo fuera parcialmente, ya que el olvido, individual y colectivo, es inherente a la condición humana.

La inspiración de los historiadores romanos y hasta un Maquiavelo en el Renacimiento, por ejemplo, fue ofrecer un repertorio de experiencias políticas al obrar de los dirigentes sociales de cada época. Cuando más tarde, la historia conquistó su autonomía y se perfiló como una ciencia moderna fundada en el estudio objetivo de una

documentación organizada sistemáticamente, la historia siguió paralela al desarrollo de las sociedades europeas. El surgimiento de Alemania en el siglo XIX, por ejemplo, está estrechamente unido al esfuerzo de los historiadores que desentrañaron y exaltaron las raíces de la nacionalidad germánica. Lo mismo ocurrió en Italia y en Francia, la consolidación de las instituciones de la república liberal también estuvo ligada a la obra de los historiadores que quisieron construir su presente sobre el ejemplo del propio pasado.

Como ha señalado muy bien Pérez Amuchástegui:

"Todos -historiógrafos, literatos, artistas, científicos- estamos condicionados por nuestra circunstancia referida a los parámetros de lugar y tiempo, acondicionamiento que no es meramente particular sino que está relacionado con las aspiraciones de la respectiva sociedad. Y es obvio que hay autores que reflejan con mayor vitalidad su tiempo, su lugar y su circunstancia, por lo cual son los más representativos. Allí muere la historiografía. En las acciones específicamente humanas, el quid está indisolublemente ligado al ad quem. Si no discernimos "para qué" se hace algo, jamás entenderemos el "porqué" de ese algo".<sup>1</sup>

La búsqueda de lo que dicho autor denomina las "intencionalidades historiográficas" que subyacen en las obras de los autores más representativos, está, por lo tanto, vinculada con el conocimiento de cada época de la historia. Ambos estudios se corresponden y complementan, de modo que para penetrar el sentido más profundo de lo que significa cada momento de la historia humana, es necesario analizar y comprender las obras que mejor representan las diversas etapas de la historiografía.

Todo lo dicho creemos que vale para justificar el propósito de examinar el pensamiento de los historiadores, es decir, la historiografía en su concepto más profundo,

desde el punto de vista de sus relaciones con el desarrollo social y político de un país o de un conjunto de países.

Nuestra hipótesis es que las diversas obras que componen el "corpus" historiográfico hispanoamericano guardan relación con los rasgos que caracterizan y definen el proceso de creación, desarrollo y consolidación de las instituciones sociales, políticas y culturales. En primer lugar, por las vinculaciones que existen entre la obra intelectual de cada época con la sociedad a la cual se destina y que recibe esta obra; y en segundo lugar, porque al integrar historiadores y políticos el mismo sector social, compartieron o polemizaron sobre las tendencias que imprimían a su acción pública, de modo tal que el desarrollo de ésta guarda coherencia con los propósitos perseguidos por los historiadores, en cuanto formaban parte del núcleo dirigente hispanoamericano.

Pensamos que estas relaciones se deben estudiar teniendo en cuenta las características de cada época histórica y de las obras historiográficas, porque la particularidad del hecho histórico y la índole singular de cada autor y cada obra, no son obstáculos a la empresa de intentar una comprensión de los períodos históricos y de los diversos capítulos de la historiografía.

En América y desde la época de la dominación española hasta ahora, la historiografía se ha desenvuelto en una relación peculiar con la organización social y política. Este proceso de relaciones e influencias mutuas ha seguido algunas líneas maestras que deben ser estudiadas, aunque en razón de la economía del presente trabajo sólo podamos intentar la caracterización de las grandes tendencias o rasgos del mencionado proceso.

En una época como la nuestra, que se caracteriza por buscar una comprensión americana y no europea de los fenómenos culturales y políticos, este estudio exige perspectivas renovadoras y para asumirlas vamos a intentar la caracterización de la relación historiografía-política que se basa en el método de utilizar los estudios realizados sobre ambos tipos de fenómenos, para extraer el juicio

sobre su posible originalidad.

Este propósito implica, desde luego, una revisión crítica de la historiografía hispanoamericana, pero con ello no queremos significar que nuestra decisión, que se inicia con los Cronistas indios y llega hasta nuestros días, carezca de valor. Mucho menos pretendemos que haya que fundar una historiografía radicalmente nueva para reemplazar lo que habría sido una relación superficial y tendenciosa de nuestro pasado.

Por desgracia no contamos, todavía, con una historia general de la historiografía hispanoamericana, a la manera de los clásicos libros de Edward Fueter o G. Gooch para Europa <sup>2</sup>, ni tampoco con compilaciones bibliográficas como la vieja -pero aún útil- de Benito Sánchez Alonso, que aunque trata de España contiene materiales valiosos para los estudios americanos. Tampoco llenan nuestras necesidades obras más modernas como las imprescindibles de Francisco Esteve Barba, en especial su **Historiografía indiana** que, como es lógico no cubre las etapas de la América independiente.<sup>3</sup>

Pero el tema está en elaboración y con libros como los de Jaime Delgado y Mario Hernández Sánchez-Barba, <sup>4</sup> por ejemplo, se cuenta con cimientos más firmes para plantear las vinculaciones entre historia y sociedad en la América española. En algunos países como la Argentina, Chile, México o Colombia, por ejemplo, ya se cuenta con trabajos importantes para un estudio con estas perspectivas <sup>5</sup> y pensamos que algunas de nuestras reflexiones pueden contribuir a clarificar otros aspectos a pesar de la brevedad y las limitaciones que caracterizan este ensayo, que está centrado en la vinculación de la historiografía con las grandes etapas del desarrollo histórico social de la América hispánica.

Si la continuidad de la obra realizada y el aprovechamiento de los aciertos obtenidos es una regla de oro en toda obra del espíritu, con mucha más razón ello ocurre con la historia.

Es necesario, pues, conservar lo valioso de esa memoria

y actualizar y perfeccionar su depósito eterno y creemos que de este estudio, aun realizado en la forma sumaria con que lo presentamos, pueden surgir conclusiones de interés para una mejor comprensión de la historia y del desarrollo social, político y cultural de la América hispánica.

Si admitimos que la América hispánica comienza su vida histórica en el marco de la cultura de Occidente a partir del hecho de su descubrimiento por Cristóbal Colón y que los tres siglos transcurridos hasta la eclosión de los estados nacionales independientes al comenzar el siglo XIX, corresponden a la fundación de la sociedad hispanoamericana, es lógico que comencemos nuestro estudio por las obras de la historiografía española que versaron sobre América.

Se trata de una etapa larga y decisiva de nuestro crecimiento y maduración cultural y política que transcurrió cuando formábamos parte del Imperio español que no podemos ignorar ni renunciár. Más aún, está en los cimientos profundos del ser hispanoamericano.

Pero desde los primeros viajes de Colón, la historia de América comenzó a escribirse con criterios europeos. Era natural que así ocurriera pues al incorporarse las nuevas tierras a la Corona de Castilla, a través de España la historia de Europa se prolongaba en el mundo recién descubierto.

Desde el descubrimiento, pues, la historiografía hispánica consideró al Nuevo Mundo desde la perspectiva de España, es decir de Europa y la realidad americana se configuró sobre la idea de España como creadora de una civilización que prolongaría en las tierras recién descubiertas los valores y el sentido del imperio. En este sentido resulta acertada la afirmación del historiador mexicano Edmundo O'Gorman de que,

"América fue concebida por Europa a su imagen  
"y semejanza, y en circunstancia tan radical  
"estriba la significación de eso que hemos  
"querido llamar la invención de América".<sup>6</sup>

En la misma línea de pensamiento, José Luis Romero ha subrayado el carácter etnocentrista que tuvo la visión de América forjada por los españoles, de la cual fueron

ejemplos los Cronistas,

"América apareció como un continente vacío,  
"sin población y sin cultura. El vacío no era  
"total en cuanto a población, pero dentro del  
"sistema de ideas de los conquistadores, el  
"escaso número y su nivel de civilización signi-  
"ficaba un valor desdeñable; y en cuanto a  
"cultura, la sensación predominante fue resuel-  
"tamente negativa".

Y concluye:

"Se fundaba sobre la nada. Sobre una naturaleza  
"que se desconocía, sobre una sociedad que  
"se aniquilaba, sobre una cultura que se daba  
"por inexistente... Una idea resumió aquella  
"tendencia: crear sobre la nada una nueva  
"Europa".<sup>7</sup>

Europa contempló atónita esa realidad extraña que irrumpía con rapidez en un mundo preparado por el Renacimiento para la admisión de toda novedad que enriqueciera la perspectiva humana y que como ha escrito Germán Arciniegas, influyó también sobre la cultura europea:

"La presencia de América aceleró el proceso  
"histórico. Europa pensó con mayor rapidez.  
"Se introdujo un nuevo tiempo, un horario  
"distinto, hasta donde lo permitió la inercia  
"heredada de siglos. Ocurrió un despegarse  
"de la economía universal... Comenzó lo que  
"debería llamarse la Era Americana".<sup>8</sup>

El tema del hombre, central en el Renacimiento, fue conmovido por la aparición de los aborígenes americanos, a los cuales llegó a considerarse como un estado intermedio entre el animal y el hombre. Pero la contienda teológica y jurídica que se entabló en la misma España en torno a la condición de los aborígenes, ofreció el espectáculo inédito hasta entonces en la historia, de que una nación europea discutiera la legitimidad de sus derechos a la conquista de nuevas tierras y hombres. De aquel formidable choque de teorías y argumentos que ilustran sobre la pro-

fundidad del sentido religioso del Imperio español, surgió finalmente la reivindicación humana de los aborígenes, lo cual se reflejaría luego en las Leyes de Indias y en la obligación que la Iglesia impuso a la Corona de proceder a la evangelización y conversión de los indios americanos.

Con la novedad de América reverdeció en Europa una añeja teoría filosófica y política que arraigaba en la Grecia de Platón: la utopía, palabra griega acuñada por el inglés Tomás Moro en la obra que con ese título publicó en 1516, en la cual imagina una isla feliz donde la vida se regiría por un sistema social y político ideal, destinado a asegurar la paz y la virtud, desasidos de vicios e injusticias.

Moro había sabido de América a través de las cartas de Américo Vespucio y situó su isla de Utopía en el Nuevo Mundo, llevado por la idea, que se extendía por toda Europa, de que en América podría realizarse el sueño siempre renovado de la ciudad ideal.

También el Renacimiento, con su retorno a los modelos del clasicismo griego latino, con su relectura de Cicerón, de Tito Livio y de los grandes historiadores romanos, impulsó una revitalización de la historiografía, entendida ésta como un arte y un modelo moral y político.

El humanismo trajo, también, el cuidado por el manejo de las fuentes, y la búsqueda del rigor filológico se reflejó en una historia que se alejaba del recurso a la religión, al milagro y a lo maravilloso, para entronizar la pura hazaña humana, el fruto del esfuerzo heroico y de la superioridad de la razón.

En este marco del humanismo literario renacentista, la obra de Maquiavelo adquiere un relieve extraordinario, no sólo porque él supera los límites de la historiografía de su tiempo, en trance de abandonar el modelo de la crónica medieval, ya inservible, sino porque más que historiador fue un filósofo político insuperable en el análisis del poder y de las formas de conquistarlo y conservarlo. Como ha escrito José Luis Romero, la historia, para Maquiavelo es el camino a la política, circunstancia que lejos de subalternizar la historia, la coloca en el centro

mismo del saber humano:

"... la experiencia histórica no es, pues, una  
"mera técnica al servicio de una actividad  
"entre otras posibles, sino que es una experien-  
"cia vital, que encierra todas las dimensiones  
"de la vida, cristalizadas en este plano superior  
"y específicamente humano que es el plano  
"político".<sup>9</sup>

Conceptos como el azar, la fortuna, la virtud, la fuerza y muchos otros que se refieren a la condición específicamente humana, también son ejemplos de este viraje de una historiografía en la cual la belleza estética y la ejemplaridad moral se ponen al servicio de la acción política. Como correspondía a un momento de la historia europea en que comenzaban a dibujarse los imperios que, más tarde, se definirán como las naciones modernas.

Esta historiografía secularizada, en la cual las obras de Francesco Guicciardini complementan un aporte italiano decisivo en la evolución del género, también influyó en España, donde una vigorosa tradición cristiana católica atemperó y matizó el naturalismo y aun cierto amoralismo del planteo histórico y político del humanismo renacentista italiano.

En España la historiografía también se hallaba en plena superación de los anales medievales y sin perder de vista la vigorosa torsión ética que le imprimía el espíritu católico, avanzaba hacia una historiografía dominada por el ejemplarismo político de inspiración clásica, también de honda raigambre en un país forjado en la cultura latina. A los historiadores que definieron esta etapa se refería Marcelino Menéndez y Pelayo, cuando decía:

"Con esa leche ateniense y romana se nutrieron  
"los cinco o seis historiadores españoles que  
"merecen el nombre de clásicos, y que, por  
"méritos de estilo y lengua, se separan de la  
"inmensa falange de los compiladores y de  
"los eruditos, y aún de los historiadores sin  
"estilo, como el más grande de los nuestros,

"como Zurita".<sup>10</sup>

Zurita, Diego de Mendoza, Juan de Mariana y otros ilustraron la historiografía española, a la cual no le faltaron teorizadores como Luis de Cabrera y sobre todo, historiadores preocupados por educar a los políticos con el modelo de la prudencia, bebido en las fuentes del pasado clásico y cristiano.

En la perspectiva de un antropocentrismo renacentista, moderado y matizado por el sentido católico, floreció en España una corriente de historiadores que tomaron como eje la acción de la personalidad excelsa, el ejemplo del héroe cuya condición egregia se completaba con la edificación moral. Teoría de las individualidades, en la cual el ya citado Menéndez y Pelayo creía advertir el germen de las ideas que muchos años después difundiría el inglés Thomas Carlyle.

Es importante señalar que la profunda religiosidad católica que impregnaba la personalidad española se manifestó siempre en la tendencia ética de la actividad intelectual y artística. Tanto en el caso de la filosofía política como en el de la historiografía, esta circunstancia dio lugar al surgimiento de un vigoroso movimiento **anti-maquavelista** que rechazaba el amoralismo de la "razón de Estado" y que se manifestó en obras en las cuales se defendía el sentido católico de las empresas españolas, de las cuales era un ejemplo la épica conquistadora y evangelizadora de América.<sup>11</sup>

## II

La historiografía de la América hispánica comienza, pues, con las obras escritas por los españoles para informar y documentar la acción conquistadora pero también para defenderla o atacarla, según las circunstancias de cada época. Fueron libros elaborados desde la mencionada perspectiva filosófica y literaria que España había recibido de la Edad Media y transformado en el Renacimiento. El propósito de los mismos no fue literario sino político y religioso; en muchos, sin duda, asomó el talento artístico, aunque en un grado inferior al que se logró en la poesía, el teatro y la mística.

Hubo historiadores que escribieron sobre la base de su experiencia personal en el Nuevo Mundo, pero otros sólo se basaron en la documentación que recogieron con gran esfuerzo. En su mayoría fueron religiosos porque la conquista española tuvo un "sentido misional", como dijo Vicente D. Sierra y la Iglesia tuvo una parte principal en esa empresa, aparte de que en razón de la tradición medieval, que se extendería hasta siglos posteriores, la labor intelectual estaba reservada casi en exclusividad a los religiosos.<sup>12</sup>

El conjunto de esa producción historiográfica es voluminoso, como corresponde a la presencia de España en América por más de tres siglos y la variedad de tendencias, personalidades, características y otros aspectos de la misma excede toda pretensión de abarcarlas aunque fuera en una consideración sintética.<sup>13</sup>

En una primera etapa de la Historiografía hispanoamericana tenemos, pues, los libros de los primeros españoles que narraron el descubrimiento y la conquista de América. Una historia que con variable apoyo documental, con materiales de primera o segunda mano y con criterios que iban de la pretensión de veracidad hasta el libelo autojustificador y apologético a través de la cual se contaban las hazañas de personajes excepcionales en un marco de reali-

dad, fantasía, exageraciones y verdades, siempre con la preocupación religiosa y moral que correspondía al estilo español.

Estos textos de los descubridores, conquistadores y misioneros tienen un inapreciable valor documental, desde las **Cartas** con que Cristóbal Colón caracterizó, por primera vez, al hombre y a la naturaleza americana hasta las obras de mayor aliento que jalonaron la obra de España en América.

La historiografía se inicia con las crónicas y evoluciona hasta la complejidad y extensión de las historias propiamente tales y la visión primitiva del conquistador y el fraile que relataban sus peripecias tenía, por fuerza, que llevar la carga de pasión y credulidad ingenua propia de la sencillez de sus almas, conmovidas por dos motivos principales que señala Esteve Barba:

"... uno, de índole espiritual, la evangelización;  
"otro de naturaleza económica, el aprovechamiento de las tierras y las gentes".<sup>14</sup>

Nacida de la épica medieval española, la crónica no tuvo otra pretensión que la de narrar. No contenía interpretaciones de los hechos y su móvil principal era la pasión patriótica y religiosa. No alcanzó el nivel de la historia y cuando fue transplantada a América conservó estos rasgos ingenuos y sencillos. Como dice Francisco Morales Padrón:

"La crónica indiana se caracteriza generalmente por su sobriedad, rudeza y ascetismo guerrero".<sup>15</sup>

Tanto los relatos y cartas de los primeros conquistadores (Cortés, Pizarro, Núñez Cabeza de Vaca, Alvarado, Valdivia y Coronado, entre otros) como las obras que compusieron los cronistas generales que recibieron el encargo de la Corona de registrar los acontecimientos americanos, se fueron impregnando de características especiales que distinguieron a dichas obras de sus antecedentes españoles.

Entre el grupo de los primeros cronistas hay que anotar los nombres de Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernán-

dez de Oviedo, Antonio de Herrera, Francisco López de Gomara, Bernal Díaz del Castillo, Bartolomé de las Casas, José de Acosta, todos con relevante interés por sus variados méritos y características.<sup>16</sup>

Pero lo que nos interesa, desde la perspectiva de la relación entre historiografía y sociedad hispanoamericana, son las formas de la realidad hispanoamericana surgida de la implantación de la cultura hispánica; es decir, cómo la historiografía refleja el cambio producido en América a partir de la Conquista y las características del mundo cultural, político y social que se expresa a través de la literatura histórica.

Las crónicas y las historias escritas por españoles y americanos testimonian una visión nueva de la realidad. Su base fue la perspectiva europea y española, pero la originalidad del mundo natural y humano que captaron fue modificando dicha perspectiva hasta concluir en obras que hacen evidente la personalidad propia del mundo hispanoamericano.

Desde los primeros escritos de los españoles se advirtió cómo iban incorporando la realidad americana a su vivencia existencial, sin que para ello los perturbara el ideario conceptual -filosofía, teología, política, derecho-, ya que el realismo propio del pensamiento escolástico se caracterizó por la apertura a la inteligencia y comprensión de la nueva realidad.<sup>17</sup>

Desde 1519, fecha en que se inician las grandes empresas conquistadoras hasta mediados del siglo XVI, el ímpetu imperial arrolla la oposición aborígen y España se asienta en las nuevas tierras, sobre razas, pueblos y culturas que se incorporan a la historia de Occidente a través de España.

Las instituciones sociales y políticas son hispánicas pero la nueva realidad humana en la cual se encarnan comienza a ofrecer la fisonomía del **mestizaje**, al tiempo que los temas clásicos de la literatura histórica española acogen los problemas típicos del Nuevo Mundo: la novedad de la naturaleza salvaje, la riqueza y la extrañeza del recurso en que ésta se muestra pródiga, los conflictos

planteados por la presencia de conquistadores, colonizadores y religiosos y los problemas inéditos que se derivan de esta experiencia transformadora de la Conquista y la colonización.<sup>18</sup>

Hubo problemas de gran trascendencia como el que planteó la discusión sobre la índole de la naturaleza de los aborígenes y la justificación de los títulos de España para ocupar y dominar los territorios americanos. Sin duda, las polémicas teológicas y políticas (Sepúlveda y Las Casas) se dirimieron con los términos del pensamiento teológico y jurídico europeo, clásico, pero la radical novedad que implicaba el planteo de esta disputa definió el nivel ético que habría de acompañar la construcción de la sociedad americana. También para la profunda religiosidad española la política se había planteado siempre en términos trascendentes, pero lo que ahora nos importa subrayar es la forma en que esta preocupación ética también se traslada a América en los momentos fundacionales de la nueva sociedad.<sup>19</sup>

Mario Hernández Sánchez-Barba ha escrito una obra de capital importancia para el estudio de la historiografía indiana y sus relaciones con el surgimiento del nuevo mundo cultural y político hispanoamericano. Considera que los cuarenta y dos años del reinado de Felipe II (1556-1598) son decisivos para la configuración del Nuevo Mundo, porque fue entonces cuando se produjo toda la unidad de América y España en la **Monarquía Universal Española**, se plantearon las bases éticas de la sociedad y junto con el problema indígena se definió el fenómeno del mestizaje,

"... cuya operatividad se manifiesta, ante todo,  
"en niveles culturales hispanoamericanos,  
"proporcionando, incluso hoy, rasgos de identificación en virtud de los cuales la mayoría  
"de las sociedades hispanoamericanas se encuentran unidas entre sí por tradiciones e  
"instituciones culturales que suponen una herencia común cuyo patrón básico es el hispánico".<sup>20</sup>

Esa nueva experiencia histórica representa otra cosmo-

visión en la cual se integran formas españolas con ideas y sentimientos originados en América. Se trata de un tipo distinto de civilización con incidencia profunda en la cultura y la política, que corresponde la categoría de lo **criollo** y que es recogida en numerosos testimonios historiográficos, como se puede ver en las obras de Fray Bernardino de Sahagún, de Juan López de Velasco y de Juan de Cárdenas, para citar sólo algunos.<sup>21</sup>

Mestizos y criollos definen, pues, en esta época una realidad antropológica nueva, pero su significación no representa una oposición a lo español ni tiene sentido político. Su rango es cultural y proviene de la adaptación que el español verifica en América. Como dice Hernández Sánchez-Barba, de lo criollo:

"Se trata de una situación espiritual que se  
"caracteriza por un profundo desgarramiento  
"de la individualidad (cultura y vida personal)  
"por contradictorias vivencias-desafíos que  
"provienen de la realidad de la naturaleza".<sup>22</sup>

En síntesis, que la cultura española se instala y arraiga en América hasta producir un tipo humano y cultural de rasgos originales y obras como las del Inca Garcilaso de la Vega, mestizo peruano pero incorporado entrañablemente a la cultura hispanoamericana, que ya está formada al culminar el siglo XVI y se refleja en una historiografía que atestigua la realidad del nuevo hecho.<sup>23</sup>

Otra etapa en la maduración de la personalidad hispanoamericana se define en el siglo XVII, cuando junto con la Contra-reforma irrumpe en España y América la Compañía de Jesús, que trata de adaptar a la Modernidad el pensamiento clásico con una concepción moral que incide directamente en la política.<sup>24</sup>



Al comenzar el siglo XVIII la presencia de los Jesuitas en América ya ha perfilado un nuevo humanismo que influirá profundamente en la personalidad del hombre americano, cuya creciente actitud crítica ya se había manifestado en el siglo XVII con los peruanos Juan del Valle Caviades y Juan de Espinosa Medrano y los mexicanos Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz, como bien señala Hernández Sánchez-Barba.

Pero a medida que transcurría el siglo XVIII se producían cambios en la sociedad, la cultura y las ideas hispánicas. En España, bajo los Borbones, se abría paso la Ilustración, inspirada en ideas francesas cuyas notas de incredulidad y anti-religiosidad habían sido atemperadas y moderadas por el sentido católico tradicional en España.<sup>25</sup>

De acuerdo con la metrópolis, en América también se difundieron los principios y valores de la Ilustración, junto con las nuevas ideas sobre la naturaleza, la razón y el progreso. También el programa de reformas culturales, políticas y económicas se trasladó a América donde encontró menos resistencia que en España, gracias a la apertura y flexibilidad que caracterizaba a la sociedad hispanoamericana.

La maduración propia del Nuevo Mundo lo había predisuesto para vivir esta etapa renovadora con una actitud receptiva. Las instituciones políticas y jurídicas se habían asentado, la relación social se encauzaba, la educación elemental comenzaba a extenderse y las universidades se desarrollaban en un nivel de jerarquía que en muchos aspectos no eran inferiores a los de la misma España. El comercio interior y exterior también crecía, a pesar de los problemas y dificultades que tanto en este renglón como en otros afligían a las sociedades americanas.

Gracias a los notables esfuerzos de historiadores, sabios y eruditos americanos el conocimiento sobre América se profundizaba y ampliaba. La labor cumplida por religiosos

de todas las órdenes, pero sobre todo dominicos, franciscanos y jesuitas, había producido una abundante literatura con estudios sobre la realidad americana. En primer lugar, sobre la naturaleza (geografía, flora, fauna) y luego sobre las civilizaciones y razas aborígenes, dominadas y fundidas en la experiencia del mestizaje pero cuya fisonomía humana (razas, tribus, costumbres, arte), interesaba tanto como el rescate y la investigación de los restos conservados de las grandes culturas, como la azteca, la maya y la inca.<sup>26</sup>

Centenares de libros e infolios sobre los más diversos aspectos del Nuevo Mundo se escribieron en esos siglos del dominio español: tratados, historias, gramáticas, enciclopedias, diccionarios, manuales, etc. Los religiosos eran los depositarios y protagonistas principales de la cultura y dominaban las disciplinas humanísticas (teología, filosofía, lingüística) necesarias para llevar a cabo el esfuerzo de conservación y creación de la cultura americana.

América también había atraído la atención del mundo no hispánico. El siglo XVIII fue pródigo en misiones y expediciones emprendidas por los españoles, sobre todo encomendadas por el Rey Carlos III, para producir una información científica moderna sobre la vida americana. Pero el mismo impulso por saber animaba a otros países y muchos viajeros pasaron por América en busca de noticias e informaciones; si bien es cierto no siempre por motivos desinteresados o de puro conocimiento, sino por razones políticas y económicas que preocupaban sobre todo a Inglaterra y Francia.

A la literatura histórica y científica escrita por los hispanoamericanos hay que sumar, pues, los testimonios de muchos observadores, viajeros y exploradores. Pero gran parte de las obras que se escribieron por ese tiempo, especialmente las escritas por ingleses, franceses y holandeses, estaban cargadas de los prejuicios y malevolencia hacia España que caracterizó a los países que le disputaban el dominio de los vastos territorios del imperio español.

Obras de gran difusión como la del holandés Cornelius

de Pauw, **Investigaciones filosóficas sobre los americanos** (1768-1769), del abate francés Francisco Raynal, **Historia filosófica y política de la instalación y del comercio de los europeos en las dos Indias** (1770) y la del inglés William Robertson, **Historia general de América** (1777) -que sin embargo atemperó la "Leyenda Negra"- estaban plagadas de prejuicios anti-católicos y anti-españoles. Sin duda hubo mucha ignorancia, pero la intención principal era contribuir al plan inspirado por Inglaterra, Francia y Holanda para socavar el prestigio del imperio español, de modo que los americanos adquirieran una conciencia de la inferioridad política y cultural en que los había sumido España y se abrieran a las perspectivas que prometía la vinculación con el mundo no hispánico.

A esta literatura pseudo histórica, llena de fantasías, falseadas y extravagancias, contribuyeron otros escritores tan notables como Voltaire, propagandistas de lo que se ha llamado la "Leyenda Negra", que rebajó el espíritu de españoles y americanos gracias al prestigio cultural que Inglaterra y Francia tenían en la Europa de la Ilustración y el Enciclopedismo.<sup>27</sup>

Los libros que difundieron las noticias sobre la América española estaban, pues, impregnados de un virulento anti-hispanismo y el sectarismo protestante y los viejos prejuicios nacionales contra España, abrumaron una historiografía que absorbió una crítica injusta que aún perdura en nuestros días.

A pesar de la "Leyenda Negra", la novedad americana ganó la atención europea, cautivada por el exotismo, la extrañeza y la lejanía de una naturaleza y unos hombres que parecían encarnar las fantasías del utopismo literario y filosófico. También las noticias de América sirvieron para impulsar proyectos políticos e ilustrar la nueva cosmovisión del siglo XVIII, como la han subrayado los interesantes estudios de Silvio Zavala y Germán Arciniegas, entre otros.<sup>28</sup>

Desde el punto de vista de la historiografía y su relación con la configuración política de la sociedad hispanoameri-

cana, cabe subrayar la importancia de las obras escritas por los jesuitas expulsados del imperio español en 1767. Miles de jesuitas que hasta ese momento habían dominado la actividad intelectual de América y sobre todo las cátedras universitarias, la erudición y la ciencia, se dispersaron por el mundo y llevaron con ellos su amor nostálgico por la tierra americana y un sentimiento de profundo agravio contra España por la injusticia que creían se les había hecho.<sup>29</sup>

Muchos escribieron valiosas obras sobre América. Estudios científicos, gramaticales, geográficos, etc., además de obras literarias que testimoniaban la jerarquía alcanzada por los hispanoamericanos en el orden intelectual. Pero aquí nos interesa subrayar las obras históricas que contribuyeron a consolidar la ciencia de la originalidad y los valores americanos que más de una vez habían sido puestos en tela de juicio por la perspectiva europea y aun española.

Tal fue el sentido que rescatamos de libros como la **Historia antigua de México** (1781), del mexicano Francisco Javier Clavijero y el **Compendio de Historia de Chile** (1776), del chileno Juan Ignacio Molina, notables las dos por su calidad literaria e historiográfica.

Hacia los finales del siglo XVIII, pues, gracias a la acción cultural de las universidades, de las órdenes religiosas y de la acción cumplida por elencos numerosos de criollos ilustrados, en América se perfilaba una personalidad cultural y social que no desmerecía en comparación con Europa.

La empresa hispánica de proyectar sobre el Nuevo Mundo las instituciones y los valores espirituales de España había producido, pues, una realidad nueva vinculada a la vieja tradición clásica a través de España, pero abierta a las perspectivas múltiples que ofrecía la modernización del mundo europeo.

España seguía siendo la cantera principal de ideas y orientaciones, desde las económicas hasta las políticas e intelectuales, pero también comenzaba la influencia de Inglaterra y Francia.

Al comenzar el siglo XIX, y como resultado de las reformas políticas, económicas y comerciales de España, también empezó en América un ciclo histórico nuevo, el de la madurez de la personalidad propia de los territorios americanos.

En efecto, cuando las aspiraciones de las nuevas sociedades y de los diversos grupos políticos que en ella actuaban, coincidieron con la decadencia española y el derrumbe de la monarquía secular, Hispanoamérica emprendió la obra de Emancipación de España, acontecimiento con repercusiones directas en la obra intelectual e historiográfica.

El relato del pasado se convirtió en arma de combate de los criollos partidarios de la independencia, y la historiografía tomó un nuevo rumbo al servicio de objetivos políticos e ideológicos. La historia debía contribuir a la victoria en la guerra contra España y por lo tanto tenía que abastecer el arsenal ideológico de los espíritus movilizadas por la lucha emancipadora. Reaparecieron, en toda su virulencia de un pasado aborígen como aporte de la nueva personalidad independiente. Era una historiografía polémica puesta al servicio de motivaciones ideológicas, penetrada por la influencia cada vez más acentuada de las ideas del Liberalismo español, francés y aun inglés.<sup>30</sup>

En este marco hay que colocar la obra de un notable mexicano, Fray Servando de Teresa de Mier, autor de una **Historia de la Revolución de Nueva España** (1813), publicada en Londres, que es un alegato político en favor de los patriotas.

El espíritu jacobino, que impregnó parcialmente al naciente Liberalismo hispanoamericano, estuvo representado por otros mexicanos como Lorenzo de Zabala y José María Luis de Mora, críticos anti-hispánicos de fuerte intención política.

Esta orientación americanista liberal y antihispánica

que caracterizó a la historiografía de las primeras décadas del siglo XIX, recogía, como dijimos, elementos de la "leyenda negra", que ahora utilizaba con un sentido cultural y político para consolidar la personalidad de las nuevas naciones independientes.

La huella de Tomás Carlyle, y su teoría de los grandes hombres sirvió de apoyo a las numerosas biografías de los héroes de la emancipación que se escribieron entonces. Este punto de vista coincidía con la exaltación romántica de la función del hombre individual en la historia, de la personalidad superior que resumía las virtudes y las grandes hazañas de un pueblo determinado. Figuras como las de San Martín, Belgrano, Bolívar, Sucre, por ejemplo, dieron lugar a obras que, al par que narraban la vida del héroe, ponían los cimientos de la personalidad nacional de cada país independiente.<sup>31</sup>

Tal como ocurrió en otros aspectos de la vida cultural y política hispanoamericana, los historiadores estaban bajo la influencia poderosa del Romanticismo francés, sobre todo de historiadores como Michelet, Guizot y Thiers. A pesar de las diferencias que separan a cada uno de estos historiadores, los románticos franceses, después de la Revolución de 1830 reaccionaban contra la etapa bonapartista que había exaltado al Emperador y valorizaban las ideas de libertad y de constitución. Recuérdese que Michelet, por ejemplo, celebró la Revolución Francesa de 1789, con lo cual fijó el modelo de una historia cuyo sentido principal era la lucha de los ciudadanos democráticos por liberarse de la tiranía de los monarcas absolutistas. En la América Hispánica también cundió la idea de que la historia de la emancipación debía centrarse, casi exclusivamente en los hechos políticos y atender al esquema de libertad contra tiranía, de ilustración contra ignorancia, de libre pensamiento contra dogmatismo. La historia sería, como dirá mucho tiempo después otro liberal, Benedetto Croce, "una hazaña de la libertad".<sup>32</sup>

La historiografía de esta época estuvo íntimamente unida al programa político del Liberalismo Hispanoameri-

cano, cuya preocupación principal era organizar los nuevos países independientes de acuerdo con el sistema político, las instituciones y las ideas centrales del modelo que esta corriente había diseñado sobre todo para Francia e Inglaterra. Más o menos radical, más o menos conservador, este ideal político era paradigma universal y su implantación en América Hispánica, si bien tenía un sentido principalmente político, conllevaba un programa cultural para formar las nuevas sociedades que debían adecuarse a este esquema ideológico.<sup>33</sup>

Los diversos países independientes, después de ganar la guerra contra España, tenían que fortalecer cada individualidad nacional. Había que rehacer la historia, de modo tal que, la nueva personalidad tuviera sus raíces propias en el pasado hispánico, en el cual debía estar prefigurado el movimiento hacia la independencia y los rasgos esenciales de la personalidad propia. Era una historia que miraba hacia el pasado para explicar el presente y formular un programa para el futuro, con lo cual se define el sentido político de la historiografía.

Esta historia asumió un carácter triunfalista y no tuvo que esforzarse mucho en polemizar con los adversarios del Liberalismo. A diferencia de Europa, donde subsistían, con todo su vigor, tendencias políticas adversarias del Liberalismo, sobre todo de inspiración católica, en América española esta ideología había dominado casi totalmente.

Las obras que se escribieron entonces, representaron un extraordinario esfuerzo literario y científico. Estaban muy lejos los tiempos de los cronistas y los escasos historiadores de la época ilustrada y barroca. La mayoría de los países hispanoamericanos, como consecuencia de la expulsión de los Jesuitas y de la crisis cultural, política y económica, desatada por la guerra de Emancipación, habían retrocedido y el nivel de sus instituciones culturales era bajísimo. Estaba en ruinas el sistema educativo, cundía la desorganización administrativa, y la pauperización de las minorías ilustradas sólo les permitía una vida intelectual muy rudimentaria.

Los historiadores de esa época tuvieron que hacerlo todo. Buscar los documentos, organizar y clasificar las fuentes, trazar el método y los planes de las obras, escribirlas, editarlas y hasta hacer que se leyeran.

La mayoría de estos historiadores fueron, al mismo tiempo que escritores, miembros prominentes de las élites políticas de sus países respectivos. La mayoría de ellos había tenido una formación sistemática, comenzada a veces en la época de la dominación española. Tenían estudios universitarios y habían viajado por Europa y los Estados Unidos, es decir, que contaban con una experiencia sobre sociedades y países que no era común entre los hispanoamericanos del siglo XIX.

La formación intelectual por lo tanto, podríamos decir que era clásica. La mayoría conocía el latín y se manejaba con cierta soltura en el francés y el italiano. Con menos seguridad en el inglés y sólo en algunos casos raros, en el alemán.

De acuerdo con el patrón del intelectual del siglo XIX, la mayoría de ellos fueron también juristas, poetas, ensayistas y periodistas, porque de todo había que hacer en una sociedad que daba sus primeros pasos en la vida intelectual, después de haber hecho trizas la sociabilidad hispánica anterior a la emancipación.

Como escritores, muchos adquirieron soltura en el manejo del idioma, y, en algunos casos, lograron aciertos indiscutibles en sus relatos, al captar con vivacidad y realismo los paisajes naturales, las costumbres y los matices de situaciones y de personalidades individuales. El estilo romántico predisponía al juego de la imaginación y la fantasía que en muchos casos primó sobre la exactitud de la verdad histórica y las exigencias documentales.

Obras como las de Bartolomé Mitre sobre San Martín y Belgrano, o la **Historia de la República Argentina** (1883-1893) de Vicente Fidel López, sirven como ejemplo de los rasgos generales que hemos apuntado.

En Chile, Diego Barros Arana escribió **Historia General de Chile**, y otros liberales como José Victorino Lastarria,

que escribió una **Historia Constitucional de medio siglo**, y Benjamín Vicuña Mackenna, autor de biografías de O'Higgins y de Portales, también deben inscribirse en este capítulo historiográfico. En el Perú, Mariano Felipe Paz Soldán con su **Historia del Perú Independiente**, José Manuel Restrepo, en Colombia, con una **Historia de la Revolución en Colombia**, en Venezuela, Rafael María Baralt con su **Resumen de la Historia de Venezuela** (1841), en México, Justo Sierra con **Evolución política del pueblo mexicano** se suman al grupo de historiadores políticos del Liberalismo, que hicieron una contribución de gran importancia al triunfo del programa político liberal.

Una apreciación de la historiografía que situamos en este contexto debe tener en cuenta las etapas que corresponden a las diversas influencias filosóficas, literarias y políticas experimentadas a lo largo del siglo XIX.

Del mismo modo como la historiografía de las primeras décadas de 1800, bajo la presión de la lucha independiente y la afirmación de los nuevos países, reverdeció los ideales ilustrados y la "leyenda negra", al llegar la época del populismo democrático -que coincidió con el comienzo del llamado Romanticismo, después de 1830- se valorizaron las "voces de los pueblos", la originalidad americana y la democracia liberal contra los caudillos autocráticos. Hacia la mitad del siglo XIX hizo también su aparición otro movimiento ideológico que influyó en el Liberalismo político y en la historiografía.<sup>34</sup>

El Positivismo -Comte y Spencer- no innovó sustancialmente en los ideales ilustrados que el Liberalismo proponía desde 1800. Pero su científicismo y una concepción nueva de la evolución, de las razas y el progreso, facilitó al programa liberal, la justificación ideológica que requería la voluntad de desarraigar la tradición hispánica y reformar la sociabilidad americana.

En política, el Positivismo fijó un programa de adelantos materiales que exigían **orden y progreso**. La organización definitiva de las naciones americanas hacía imprescindible que el poder político estuviera en las manos seguras

de la élite ilustrada. El lugar prominente que ésta ocupaba en la sociedad -riqueza, poder, cultura- la convertía en el único núcleo capaz de conducir con éxito a las masas, inferiores por su condición racial, por sus creencias religiosas y por sus costumbres atrasadas. Había que educarlas para que ascendieran a la cultura moderna y pudieran vivir en el marco de las instituciones políticas y sociales de la modernidad.

Esta vasta empresa significó continuar en pugna con la herencia hispánica, y, sobre todo, forzar la marcha hacia el futuro, en esa **doble utopía** como la ha denominado Leopoldo Zea<sup>35</sup>, que consistió en que los conservadores renegaban del presente, y los liberales del pasado. Imposible ideal colectivo en el cual se han empeñado, infructuosamente, las más valiosas promociones políticas de Hispanoamérica, desde entonces hasta nuestros días.

La reorientación liberal de la sociedad americana otorgó un lugar muy destacado a la historia. Para un hombre de actuación pública fue imprescindible testimoniar su solidaridad con las raíces nacionales, y con la ideología que impregnaba las instituciones del liberalismo democrático. La historia -conocerla, escribirla y enseñarla- se convirtió, pues, en una actividad tan significativa como el desempeñar las más altas funciones políticas.

La elaboración de obras históricas, además, colocaba a los hombres públicos en una relación casi personal con los sucesos y figuras heroicas que estudiamos. Los historiadores no sólo escribían historia; ellos eran la historia misma y sus países los reverenciaban como sumos sacerdotes e intérpretes de un pasado que, en cierto modo, habían creado. Mitre, López, Barros Arana, Vicuña Mackenna, los Amunátegui, Paz Soldán y muchos más, eran tan celebrados por su obra como la historia que habían escrito y los héroes que habían exaltado.

La historiografía liberal de finales del siglo XIX fue influida por el cientificismo y el sociologismo positivista. Pero, lamentablemente, las pretensiones de rigor científico no redundaron en una mayor objetividad y veracidad documental. Por el contrario, contribuyeron a intensificar los prejuicios, y a perturbar la valorización de hechos y personajes que ahora se consideraban a la luz escasa de los criterios en boga.<sup>36</sup>

La historia, en primer lugar, siguió mostrando escaso interés por el pasado colonial. Los temas culturales fueron postergados, la historia religiosa desdeñada y apenas se adelantó en la historia de la educación. Los fenómenos económicos y sociales que debieron haber sido atendidos, no fueron considerados y, paradójicamente, se subordinaron a las conclusiones políticas e ideológicas.

Tampoco merecieron una atención especial los temas relacionados con las razas indígenas, que para el progresismo liberal sintetizaban el atraso y la barbarie, prácticamente al margen de la historia y en plena naturaleza. Tampoco se estableció ninguna relación entre los conflictos políticos y sociales y los factores económicos, ni menos con la situación de los aborígenes. Hubo una predilección casi exclusiva, por el estudio de la evolución política a través de las instituciones de la república liberal, representativa y democrática.

Otro factor importante, fue la presión del racismo anglosajón que se había hecho presente en Europa y dominaba el panorama social y cultural norteamericano. En nuestra América influyó para que las condenas habituales de las tradiciones hispánicas se reforzaran con pseudoargumentos sacados de la psicología, la antropología y la sociología positivista.<sup>37</sup>

De esta manera la historiografía acompañó al Liberalismo con obras que apoyaron su concepción de la sociedad americana, en la triple proyección de pasado, presente

y futuro.<sup>38</sup>

Pero habría que mencionar que este propósito encontró resistencia de núcleos conservadores y católicos, lo cual produjo contradictores y polemistas que discutieron el predominio liberal.

Un tema debatido fue el pasado hispánico. Frente a las versiones, variadas en intensidad y temas, de la "leyenda negra", ya en 1844 el venezolano Andrés Bello había criticado el antihispanismo de los primeros trabajos históricos de José Victorino Lastarria, a propósito de ciertos juicios que éste había emitido acerca de la conquista española.

También el mexicano Lucas Alamán defendió la obra de España en América en trabajos como la **Historia de México** (1849-1852), la **Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada** (1869-1870), consecuente con su conservadurismo político. En otros casos, como el del colombiano José Manuel Groot, esta posición fue reforzada por la solidaridad con las tradiciones católicas. El tema religioso estuvo mezclado en todas las discusiones del siglo XIX, en razón de la postura combativa que el Liberalismo positivista asumió contra la Iglesia.

Desde el punto de vista del desarrollo de la sociedad política hispanoamericana cabe señalar aquí, que los sectores conservadores que habían tomado a su cargo la defensa del catolicismo, lograron afirmarse en algunos países, merced a la obra de personalidades vigorosas y a la decisión de llevar a la política concreta algunos de los principios teóricos tradicionales y realistas que profesaban.

Tal fue el caso del Ecuador, con Gabriel García Moreno y el de Colombia, donde la obra de restauración católica y tradicional que llevó a cabo Miguel Antonio Caro, tuvo su correspondencia en la acción del gran político y pensador conservador, Rafael Nuñez, cuya obra transformadora y modernizadora de fines de siglo, se llevó a cabo bajo el lema de "Regeneración".<sup>39</sup>

Un erudito historiador, el chileno José Toribio Medina, que consolidó la seriedad y el rigor de la investigación

con vastas compilaciones bibliográficas y estudios de gran aliento, tampoco renegó del pasado hispánico y lo exaltó con obras que mostraban la riqueza de aquella tradición.<sup>40</sup>

Aunque el disenso de los tradicionalistas, hispanistas, y católicos prosiguió hasta llegar a nuestros días, no logró torcer la dirección política del Liberalismo, con excepción de algunas etapas particulares ya aludidas en la historia de Ecuador y Colombia.

La influencia de la sociología positivista se manifestó en los estudios históricos que examinaban los aspectos de lo que se llamó la **patología social**. Para muchos progresistas, la América Hispánica era un **continente enfermo**, en cuanto persistía en aferrarse a supersticiones y proliferaban dictadores y caudillos, personalidades anormales que volvían ingobernables a nuestros países y los desviaban de su camino normal: la evolución progresista y siempre perfecta de las instituciones de la república liberal, constitucional y representativa.

En Venezuela, José Gil Fortoul escribió la **Historia constitucional de Venezuela** (1907), inspirada en Taine y Spencer y lo mismo ocurrió con obras como la del argentino Francisco Ramos Mejía, el venezolano Lisandro Alvarado, que tomaron como guía a Lombroso, y el boliviano Alcides Arguedas. Pero dentro de la misma tendencia, la crítica también se manifestó por la aceptación del autoritarismo como una variante política tradicional que podría servir al propósito de gobernar una sociedad proclive a la revuelta y a la anarquía. Esta fue la intención de obras como **Cesarismo democrático** (1929) del venezolano Laureano Vallenilla Lanz y **Las democracias latinas de América**, del peruano Francisco García Calderón.<sup>41</sup>

Hacia finales del siglo XIX y a pesar del optimismo con que el progresismo liberal veía la consolidación de sus instituciones, se comenzaron a advertir las grietas de un edificio cuya solidez era aparente, pues pujaba por emerger una realidad social que no se sentía solidaria con el proyecto de las minorías ilustradas, organizadas en oligarquías políticas y económicas.

La crítica filosófica, literaria y política enjuiciaba severamente al dogmatismo positivista, con ideas provenientes del renovado panorama europeo. Se sumaron a ello los problemas políticos, sociales y económicos planteados por los reclamos de una auténtica democracia política. Se pedía libertad intelectual, justicia social, participación política y mejoras económicas como parte de un clamor que se manifestó al principio confusa y oscuramente, pero que al entrar el siglo XX se definió con fuerza y claridad. En esta crisis del Liberalismo político hispanoamericano, concurren algunos cambios que conviene apuntar.

La madurez de la vida intelectual y la organización del trabajo alejó a escritores e historiadores del lugar prominente que habían ocupado en la actividad política. La mejor organización de la cultura, el desarrollo de la administración del Estado y los estudios universitarios obligaron a un profesionalismo mayor y la historia se convirtió en una especialidad más perfilada.

Desde luego, siguió siendo una actividad privilegiada por dirigentes y periodistas, pero como resultado de la organización de los primeros partidos modernos, aparecieron promociones de políticos consagrados casi totalmente a esta tarea, que fueron dejando de lado la literatura y la historia, tarea que quedó casi exclusivamente en manos de los escritores.

La gran mayoría de los historiadores se quedaron en el periodismo o en la burocracia estatal. En Buenos Aires, Bartolomé Mitre dirigía su diario "La Nación", Ernesto Quesada era profesor universitario, lo mismo que Juan Agustín García y Paul Groussac dirigía la Biblioteca Nacional, del mismo modo como en Lima se desempeñaba Ricardo Palma.

En lo que podríamos llamar el tránsito del Liberalismo oligárquico de orientación positivista a las corrientes que propugnaron una política democrática y la apertura a las nuevas ideas espiritualistas, la historiografía no experimentó cambios notables.

Como si reposaran en la aceptación de las obras canónicas del siglo XIX, la historia tardó mucho en recibir las tendencias que en Europa, desde Ranke y Burckhardt, por ejemplo, habían inaugurado una etapa de objetividad, seriedad metodológica y alta inspiración filosófica idealista.<sup>42</sup>

El panorama varía de acuerdo con los países hispanoamericanos. En algunos, la presencia de un núcleo de historiadores prestigiosos e influyentes en la vida pública, había logrado elevar el nivel de los estudios históricos. Así ocurrió en Chile, donde después de la *Historia civil de Chile* (1844-1871), gigantesco esfuerzo del francés Claude Gay, descolló la escuela liberal y el ya mencionado José Toribio Medina. En esa línea de jerarquía apareció la *Historia de la Guerra del Pacífico* (1911-1919) de Gonzalo Bulnes, a la cual Encinas consideró como "la joya más preciosa de la literatura chilena".<sup>43</sup>

Pero la obra que mejor refleja esta época de transición y la crisis de las instituciones chilenas acaecida en la década de 1920, fue *La Fronda Aristocrática* (1928), influida por las ideas de Ortega y Gasset y Oswald Spengler acerca de la función ordenadora de las minorías en una época amenazada por la mediocridad de las masas.

Esta relación entre la crisis social y la historiografía se hizo evidente en los ensayos históricos y políticos del mencionado Francisco Encinas, cuya crítica renovadora de la sociedad chilena, culminó en la gigantesca empresa de su *Historia de Chile* (1940-1952) no superada hasta ahora. Con sus biografías de Portales y Bolívar, Encinas asumía una actitud historiográfica que potenciaba la idea

de la libertad dentro de la ley y el orden, que constituye una vieja tradición política chilena.

En 1910, el estallido de Revolución Mexicana marcó el momento más alto de la crisis del formalismo liberal. Fue, sobre todo, una revolución social con consecuencias políticas, económicas y culturales que llegan a nuestros días, como si la tierra aún no se hubiera asentado después de aquel terremoto.

En exacta correspondencia con el sacudimiento revolucionario, también en México se produjo el gran viraje de la historiografía contemporánea, por obra del historiador Carlos Pereyra, cuyos libros principales se escribieron en el exilio español al cual lo arrojaron las luchas políticas de su país.

Esta tendencia comprendió dos temas principales. Primero, la crítica del liberalismo organizador del siglo XIX y de sus grandes mitos: el constitucionalismo y el ejemplo de los modelos europeos y norteamericanos. En segundo lugar, la defensa de lo que él llamó, precisamente en uno de sus libros, *La obra de España en América* (1920). Estos dos temas centrales fueron rodeados por una constelación de libros de importancia decisiva, pero su obra magna fue *La Historia de América* (1920).

A partir de Pereyra se planteó el revisionismo de la historia hispanoamericana y se sometieron a proceso sus métodos, propósitos e ideales principales. No porque se acataran sus polémicas afirmaciones, sino porque su obra fue un hito insoslayable a partir del cual la historiografía debía clarificar su posición frente a la realidad hispanoamericana.

Al terminar el siglo XIX y comenzar el siglo XX se agudizó la crisis provocada por la expansión europea y especialmente norteamericana. A partir del derrumbe del Imperio Español en Cuba (1898), de la Primera Guerra Mundial (1914-1919) y de la intromisión norteamericana en el Caribe y Centro América, surgió un movimiento en favor de la unidad Hispanoamericana que se expandió por todo el continente con actividades intelectuales y



políticas de gran significación.

En la historiografía reapareció, entonces, la búsqueda de un sentido global del desarrollo histórico americano. En nuestra historiografía predominaban las historias nacionales y regionales, con excepciones como **Compendio de la historia de América** (1865) de Diego Barros Arana. Al publicar Pereyra su **Historia de América** se definió con claridad el sentido de este viraje como una afirmación americanista que tuvo una cálida acogida en el continente.<sup>44</sup>

En este marco de la unidad americana también comenzó la discusión de las teorías revolucionarias europeas, tales como el socialismo y el comunismo, que había triunfado en Rusia en 1917. La confrontación con el imperialismo fue, a su vez, otro factor que contribuyó a conmover la quietud de la tranquilidad liberal cuyo universalismo pacifista fue desafiado por un movimiento de nacionalismo defensivo.<sup>45</sup>

Los países hispanoamericanos quisieron volver a sus raíces y la vieja tendencia hispanista fue remozada por la valorización de la tradición jurídica de la época colonial. Así ocurrió en la Argentina donde Ricardo Levene renovó los estudios históricos relacionados con la Colonia y constituyó una de las escuelas más sólidas y brillantes de la moderna historiografía hispanoamericana, especialmente aplicada al desarrollo jurídico.<sup>46</sup>

En una línea próxima, Rómulo D. Carbia escribió la primera **Historia Crítica de la historiografía argentina** (1940) y revalorizó el legado hispánico con su esclarecimiento de la **Historia de la Leyenda negra hispanoamericana** (1943).<sup>47</sup>

En casi todos los países se desarrolló un proceso de revisión historiográfica en consonancia con la renovación de las ideas filosóficas, literarias y políticas que, planteada hacia el 1900, se definió con firmeza en las primeras décadas del siglo XX. Pero este cambio también fue coherente con las nuevas formas adoptadas por la sociedad política, ya que se pasó de la democracia restringida de las minorías oligárquicas a la participación democrática de amplios

sectores sociales encuadrados en partidos políticos de signo moderno.

Las formas de la democracia hispanoamericana entre la Primera Guerra Mundial (1914-1919) y la crítica década de 1930, no se pueden reducir a un esquema que comprenda la multitud y variedad de los fenómenos políticos de cada país hispanoamericano. Pero cabe afirmar que se desarrolló la organización sindical y que en los países más desarrollados las minorías políticas liberales hicieron un esfuerzo por modernizar su proyecto, que ya no soportaba el dogmatismo oligárquico y positivista del siglo XIX.

En el Perú, donde el Partido Civilista, bajo el liderazgo de Augusto B. Leguía, había intentado un audaz golpe de modernización, se suscitaban graves problemas ideológicos y políticos. Surgió el marxismo con la figura de José Carlos Mariátegui y sus **Siete ensayos de interpretación de la Realidad Peruana** (1928), pero también un movimiento de socialismo autóctono e indigenista, cuya vertiente política fue ocupada por el Aprismo de Víctor Raúl Haya de la Torre y la histórica y literaria por nombres como los de Luis E. Valcárcel, cuya **Tempestad en los Andes** (1928) define un indigenismo que tuvo cultores en los países donde el factor indígena era decisivo, como Bolivia, por ejemplo.

Pero la misma renovación alcanzó a otros sectores del pensamiento y cabe mencionar la obra de revalorización hispanista de José de la Riva Agüero.

En otros historiadores también se dio la superación de los lugares comunes de la historiografía liberal decimonónica, con un compromiso político que excluía el partidismo político pero que acentuaba el rigor metodológico y la seriedad documental. En esta línea hay que situar a Jorge Guillermo Leguía, Raúl Porras Barrenechea y, sobre todo, a Jorge Basadre, autor de la excelente **Historia de la República del Perú** (1949).

En Venezuela, la caída de la larga dictadura del General Vicente Gómez abrió paso a una actividad intelectual intensa y renovada, marco dentro del cual hay que colocar

la obra de historiadores como Mariano Picón Salas, entre cuyos numerosos trabajos hay que mencionar, como ítem historiográfico insoslayable, **De la conquista a la independencia** (1944).

También en Colombia, que conserva intacta su tradición académica e intelectual, la movilización política del Liberalismo democrático se renovó con figuras como las de Germán Arciniegas e Indalecio Liévano Aguirre. En Chile, a su vez, con una rica prosapia historiográfica, también se advirtió una corriente renovadora con nombres como los de Guillermo Feliú Cruz y Ricardo Donoso, autores de una copiosa producción de gran rigor documental y erudito.

En México, donde luego de la Revolución la obra de Pereyra señalaba rumbos de rigor metodológico, Silvio Zavala renovó los estudios sobre la época colonial con libros como **La encomienda indiana** (1935) y las **Instituciones jurídicas en la conquista de América** (1935) obra que ha culminado en su magistral **El mundo americano en la época colonial** (1967). En esa dirección, pero con una inflexión filosófica que lo llevó a plantear una original visión de América y el descubrimiento, hay que situar la obra de Edmundo O'Gorman, mientras que la intención y el compromiso político se hacía más evidente en la **Historia de México** (1959) de otro de los grandes historiadores mexicanos contemporáneos: Daniel Cosío Villegas.

En la Argentina, donde la historia había tomado rumbos profesionales y académicos definidos, sobre todo merced a la labor de catedráticos universitarios, junto a figuras como Emilio Ravignani y Diego Luis Molinari pero con un bagaje literario, filosófico y político más rico y sobre todo con una percepción de las vinculaciones entre la historia argentina y la historia universal, hay que mencionar la obra de José Luis Romero.

Estos historiadores, que elaboran su obra entre 1920 y 1950, se distinguieron por su cultura filosófica, literaria y política. Fueron escritores con dotes y sensibilidad para una obra abarcadora de temas que sobrepasan el nivel

nacional con enfoques interesantes y surgentes. Liberales o conservadores, hispanistas o indigenistas, americanistas o cosmopolitas, su denominador común fue la superación de los esquemas dogmáticos habituales en la historia americana y la percepción de las relaciones que hay entre la obra historiográfica y las exigencias sociales y políticas de su país y su tiempo.

El marco de esta actividad intelectual fue la crisis de los años 30, que conmovió la frágil consistencia del Liberalismo heredado del siglo XIX con la irrupción tumultuosa de las masas democráticas que plantearon situaciones resueltas en algunos países dentro del mismo marco institucional, mientras que en otros se volvía a los regímenes autocráticos habituales en Hispanoamérica.

Una corriente historiográfica procuró mantener la orientación tradicional pero las nuevas ideas y la inquietud social y política generaban otras tendencias, vinculadas con las ideologías de izquierda y derecha que estaban en boga.

Así irrumpió la interpretación marxista de la historia, sobre las huellas de los **Siete Ensayos de interpretación de la Realidad Peruana** (1928) de José Carlos Mariátegui -ya mencionados- a partir de los cuales se originó un ensayismo histórico de intención partidaria, con obras como las de Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos en la Argentina y la de los chilenos Julio César Jobet y Hernán Ramírez Necochea o el venezolano Germán Carreras Damas. Dentro de su esquematismo, en estas obras a veces se esclarecieron puntos de la historia económico-social de sus países respectivos.

La afirmación nacionalista fue ilustrada por el uruguayo Luis Alberto de Herrera, autor de obras importantes sobre la guerra de la Triple Alianza. En la Argentina, compartieron esta tendencia Vicente D. Sierra, Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio y Julio Irazusta, cuya vasta obra renovó la documentación y los juicios sobre el tema de Juan Manuel de Rosas, completados con otros libros que se destacan por la jerarquía de su visión política.

En el Perú hay que mencionar la obra de Víctor Andrés Belaúnde, de Guillermo Lohmann Villena y de Agustín de la Puente Candamo; en Venezuela la de Mario Briceño Iragorri y en Chile la de Jaime Eyzaguirre, fundador de una importante escuela historiográfica que se encuentra en plena vigencia.

Pero estas tendencias, más acusadas en el enfoque político de la obra historiográfica, no significan que haya que disminuir la significación de lo que se ha dado en llamar, sin mucha propiedad, la historia tradicional o académica ya que esta designación puede inducir a un juicio erróneo sobre la renovación metodológica y expositiva que también se produjo en esta línea, con nombres como los del P. Guillermo Furlong de vastísima producción que renovó magistralmente la historia colonial argentina, con su **Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata (1536-1810)** (1947), Enrique M. Barba y Ricardo Zorraquín Becú.

Pero el punto que nos ha interesado a través de este ensayo, es el de la relación historiografía y política, cuyo panorama actual tiene características muy particulares.

En efecto, distanciados de la política concreta y hasta de la orientación cultural y social de sus países respectivos, los historiadores actuales se han volcado íntegramente a la labor historiográfica, al margen de las preocupaciones que en otros tiempos les animaban.

Una consecuencia de esta actitud es que la actual historiografía hispanoamericana ha perfeccionado y actualizado sus métodos, conoce y domina las más modernas escuelas de investigación e interpretación históricas y mantiene una relación activa con el mundo académico internacional. Los historiadores extreman los recaudos científicos para elaborar una obra que, si juzgamos sus mejores representantes, está al nivel de la más alta jerarquía internacional.

Pero la vida política e institucional hispanoamericana se aleja cada vez más de la lección de la historia, que apenas si es aprovechada por una clase política que en

otros tiempos la tuvo muy en cuenta y la integró en su propio proyecto.

El cambio de los valores de nuestro tiempo sin duda marca un divorcio entre historia y política, pero la complejidad de los problemas involucrados y la proximidad de los acontecimientos que estamos considerando, aconsejan matizar un juicio demasiado terminante hasta que, en una perspectiva futura, se puedan apreciar los perfiles del problema con mayor claridad y objetividad.

## NOTAS

- 1 A.J. Pérez Amuchástegui, **Buenos Aires y el interior: La Historiografía (1810-1880)**, en **Academia Nacional de la Historia**. VI Congreso Internacional de Historia de América, Tomo VI, Bs. As., 1982, 307.
- 2 Nos referimos a la obra de E. Fueter, **Historia de la historiografía moderna**. Traducción castellana. Bs. As., Nova, 1953, 2 tomos y a G.P. Gooch, **Historia e historiadores en el siglo XIX**. Traducción castellana. México, F.C.E., 1942.
- 3 Francisco Esteve Barba, **Historiografía indiana**. Madrid, Cremos, 1964. Son útiles por su referencia a España y América: Rafael Altamira y Crevea, **Proceso histórico de la historiografía humana**. México, El Colegio de México, 1948, especialmente los capítulos IV, V y VI y Carlos M. Rama, **La historiografía como conciencia histórica**. Barcelona, Montesinos, 1981.
- 4 Jaime Delgado, **Introducción a la Historia de América**. Madrid, Cultura Hispánica, 1957 y Mario Hernández Sánchez-Barba, **Historia y literatura en Hispanoamérica (1492-1810). La versión intelectual de una experiencia**. Madrid, Castalia, 1978.
- 5 Moisés González Navarro, **Sociología e Historia en México**. México, El Colegio de México, 1970. Miguel Angel Scenna, **Los que escribieron nuestra historia**. Buenos Aires, La Bastilla, 1976. Héctor José Tanzi, **Historiografía argentina contemporánea**. Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1976 y Graciela Soriano, **Perspectiva y expectativa de la historia en la época actual**. Caracas, Monte Avila, 1979.
- 6 Edmundo O'Gorman, **La invención de América**. México, F.C.E., 1958, 88.
- 7 José Luis Romero, **Latinoamérica: las ciudades y las ideas**, Bs. As., Siglo XXI Argentina, 1976, 66-67.
- 8 Germán Arciniegas, **América en Europa**. Buenos Aires, Sudamericana, 1975, 15.
- 9 José Luis Romero, **Maquiavelo, historiador**. Buenos Aires, Nova, 1943, 123.
- 10 Marcelino Menéndez y Pelayo, **La historia considerada como obra artística**, en **Estudios de crítica histórica y literaria VII**. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944, 19.
- 11 Cfr. José Antonio Maravall, **Menéndez Pidal y la renovación de la historiografía**, en **Menéndez Pidal y la historia del pensamiento**. Madrid, Ediciones Arión, 1960.
- 12 Cfr. Vicente D. Sierra, **El sentido misional de la conquista de América**. Buenos Aires, Ediciones de "Orientación Española", 1942.
- 13 José Antonio Maravall, **op. cit.** Sobre las relaciones entre la historia y el pensamiento político en España, Cfr. **Estudios del pensamiento español; Edad Media. Serie Primera**. Madrid, Cultura Hispánica, 1967.
- 14 Francisco Esteve Barba, **op. cit.**, 14.
- 15 Francisco Morales Padrón, **Los conquistadores de América**. Madrid, Espasa-Calpe, 1974, 19.
- 16 El concepto de **crónica** como **historia** de acuerdo con la tradición clásica heredada por el Renacimiento español, está excelentemente analizado por Walter Mignolo, quien tiene en cuenta todos los aspectos relacionados con el contenido del discurso en su contexto filosófico y moral, así como también las características de cada grupo de obras de la historiografía indiana, estudio que atiende tanto a las perspectivas literarias y filológicas como al significado específicamente histórico de las mismas. Cfr. Walter Mignolo, **Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista**. En Luis Iñigo Madrigal, comp., **Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. Epoca colonial**. Madrid, Cátedra, 1983, 57-116. Cfr. Alberto Salas, **Tres cronistas de Indias. Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo**

- y **Fray Bartolomé de las Casas**. México, F.C.E., 1959. Cfr. Ramón Iglesia, **Cronistas e historiadores de la Conquista de México**. El ciclo de Hernán Cortés. México, El Colegio de México, 1942.
- 17 Sobre las relaciones entre el pensamiento filosófico y teológico y la conquista de América, Cfr. P. Venancio D. Carro, O.P., **La Teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América**. 2 tomos, Madrid, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1944. El mejor estudio sobre las bases hispánicas del pensamiento político independiente, Cfr. Héctor José Tanzi, **El poder político y la independencia argentina**. Buenos Aires, Ediciones Cervantes, 1975.
- 18 Cfr. José Pérez de Barradas, **Los mestizos de América**. Madrid, Espasa-Calpe, 1976, e Instituto Panamericano de Geografía e Historia, **El mestizaje en la Historia de Iberoamérica**. México, 1961.
- 19 Cfr. Silvio Zavala, **Filosofía de la conquista**. México, F.C.E., 1947. Lewis Hanke, **La lucha por la justicia en la conquista de América**. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1949 y Ramón Menéndez Pidal, **El Padre Las Casas; su doble personalidad**. Madrid, Espasa-Calpe, 1963.
- 20 Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, 102.
- 21 Mariano Picón Salas, **Sobre el despertar de la conciencia criolla**, Cfr. **De la conquista a la independencia**. Tres siglos de Historia cultural Hispanoamericana. México, F.C.E., 1944 y Arturo Uslar Pietri, **En Busca del Nuevo Mundo**, México, F.C.E., 1969.
- 22 Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, 104.
- 23 Cfr. Aurelio Miró Quesada, **El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas**. Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1971 y Enrique Pupo-Walker, **La vocación literaria del pensamiento histórico en América**. Madrid, Editorial Gredos, 1982.
- 24 Cfr. Miguel Batllori, **El Abate Vizcardo. Historia y Mito de la Intervención de los Jesuitas en la independencia de Hispanoamérica**. Instituto Panamericano de Geografía e Historia N° 10, Caracas, 1953, y Guillermo Furlong, S.J., **Los Jesuitas y la Cultura Rioplatense**. Buenos Aires, Editorial Huarpes, 1946.
- 25 Sobre el tema, además de la clásica obra de Marcelino Menéndez y Pelayo, **Historia de los Heterodoxos españoles (1880-1882)**, Cfr. Jean Sarrailh, **La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII**. México, F.C.E., 1957, y Luis Sánchez Agesta, **El pensamiento político del pensamiento ilustrado**. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.
- 26 Cfr. Antonello Gerbi, **La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo**. México, F.C.E., 1978.
- 27 Cfr. Rómulo D. Carbia, **Historia de la Leyenda Negra Hispanoamericana**. Buenos Aires, Ediciones "Orientación Española", 1943; William S. Maltby, **La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico 1558-1660**. México, F.C.E., 1982; y Julián Juderías, **La Leyenda Negra; Estudios acerca del concepto de España en el extranjero**. Madrid, Editora Nacional, 1954.
- 28 Cfr. Germán Arciniegas, **América en Europa**. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1975, y Silvio Zavala, **América en el espíritu francés del siglo XVIII**. México, El Colegio Nacional, 1949.
- 29 Miguel Batllori, *op. cit.*
- 30 A.J. Pérez Amuchástegui, *op. cit.*
- 31 *Idem.*
- 32 Cfr. Benedetto Croce, **Teoría e historia de la Historiografía**. Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955, y **La historia como hazaña de la libertad**. México, F.C.E., 1942.
- 33 A.J. Pérez Amuchástegui, **Del Epos a la Historia científica. Una visión de la historiografía a través del método**. Buenos Aires, Editorial Nova, 1961. Capítulos X, XI y XII.
- 34 Cfr. Coriolano Alberini, **La metafísica de Alberdi**,

- en **Problemas de la Historia de las Ideas Filosóficas en la Argentina**. La Plata, Universidad Nacional, 1966, 25-39.
- 35 Cfr. Leopoldo Zea, **Dialéctica de la conciencia americana**. México, Alianza Editorial Mexicana, 1976, 58 y ss.
- 36 Sobre la historiografía positivista, Benedetto Croce, *op. cit.*, 233-247, y Rómulo D. Carbia, **Historia crítica de la Historiografía Argentina (desde sus orígenes en el siglo XVI)**, Buenos Aires, Coni, 1940, Capítulo V, 121-165.
- 37 Cfr. A.J. Pérez Amuchástegui, **Actas**, *op. cit.*, 316, y Martin S. Stabb, **América Latina en busca de una identidad. Modelos del Ensayo Ideológico Hispanoamericano, 1890-1960**, Venezuela, Monte Avila, 1969, Capítulo II, 23-54.
- 38 Rómulo D. Carbia, *op. cit.*, Segunda Parte, capítulo II, 231-286.
- 39 Cfr. Jaime Jaramillo Uribe, **El pensamiento colombiano en el siglo XIX**, Bogotá, Temis, 1964, Capítulo XVII, 288-349. Enrique Zuleta Alvarez, **Miguel Antonio Caro y la Emancipación Hispanoamericana**, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1966.
- 40 Sobre la figura del gran historiador chileno, Cfr. Guillermo Feliu Cruz, **José Toribio Medina. Historiador y Bibliógrafo de América**, Chile, Editorial Nascimento, 1952.
- 41 Sobre Vallenilla Lanz, Cfr. Siso Martínez y otros, **El concepto de la historia en Laureano Vallenilla Lanz**, Venezuela, Universidad Central de Venezuela. 1966. Sobre García Calderón: **Realce e infortunio de Francisco García Calderón**. En Francisco García Calderón, **En torno al Perú y América**. Lima, Juan Mejía Baca y P. Villanueva, 1954, IX-XLIII.
- 42 Cfr. Benedetto Croce, *op. cit.*, capítulo VIII, 249-253.
- 43 Francisco Antonio Encina, **Breve bosquejo de la literatura histórica chilena**, en A.A.V.V., **Historiografía**

- Chilena**, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1949.
- 44 Cfr. Manuel González Ramírez, **Prólogo a Carlos Pereyra, Antología de sus obras**, México, Imprenta Universitaria, 1944, IX-XLI.
- 45 Cfr. Enrique Zuleta Alvarez, **El Nacionalismo Argentino**. Buenos Aires, La Bastilla, 1975, Tomo I, capítulo II, 43-84.
- 46 Héctor José Tanzi, **Historiografía**, *op. cit.*, capítulo VII, 65-69 y Scenna, *op. cit.*, capítulo IX, 187-197.
- 47 Cfr. Rómulo D. Carbia, *op. cit.*